



La espera

Melodías de la duración

HAROLD SCHWEIZER



sequitur

HAROLD SCHWEIZER, *La espera. Melodías de la duración*, traducción de Agustín Temes, Sequitur, Madrid, 2010, 125 pp. ISBN 978-84-95363-66-4. (*On Waiting*, 2008.)

HAROLD Schweizer es doctor en Filosofía por la Universidad de Zürich (Suiza) y catedrático de Literatura en la Universidad de Bucknell (Estados Unidos). Es experto en teoría literaria, literatura inglesa y estudios sobre el Holocausto. *La espera* es una obra que nace a través de la mirada de un fenomenólogo. En esta obra muestra al lector qué ocurre en la espera y en qué consiste.

El tiempo que nos marcan las agujas del reloj no es más que una cantidad, una medida de la duración, al ser pensada. Sin embargo, la espera es más que eso, es, como indica el autor, *tiempo experimentado*. Como ocurre en *Esperando a Godot*, una obra en la que sus personajes experimentan el tiempo, esperan.

En un mundo en el que todo es instantáneo (*comida rápida, bancos, aerolíneas*), la experiencia de la espera es algo que tiene un coste; como hemos oído en los tiempos que corren una y otra vez, *el tiempo es oro*. El tiempo se convierte en mercancía, es algo con lo que se puede comerciar y recrearse, demorarse o esperar es desechar el valor de nuestro tiempo. En esta obra, la espera es entendida como algo útil para nuestra experiencia vital, en ella podemos darnos cuenta de nuestra pertenencia al grupo de los *artículos indefinidos*, ser un/una más de todo

aquello que nos rodea sin ningún tipo de subjetividad, sino ser un mero objeto más en la duración.

Al cobrar consciencia de estos objetos, podemos entender que, en nuestra experiencia vital, la espera sea “una pieza esencial de nuestras capacidades estéticas y éticas”. A través de la interpretación artística podemos quedar completamente subordinados a la temporalidad de la obra y abstraernos, quedarnos fuera del tiempo estipulado por los relojes y además renunciar a las expectativas de la sociedad de “lo instantáneo” en la que la espera debe tener un objetivo concreto o un fin. El tiempo de espera aquí tiene otro sentido, es experiencia. Es un tiempo en el que *simplemente duramos*. Podemos recrearnos en él y observar la extraña particularidad de la que gozan los objetos por los que nos movemos a ciegas diariamente.

Esta duración tiene su expresión más profunda en la desesperación y la esperanza. Éstas representan la más profunda experiencia del tiempo de la duración, que no puede ajustarse a nuestra voluntad y que son bien patentes en nuestros días. Esperar con alguien que sufre o que espera irremediamente la muerte, en un mundo “instantáneo”, se convierte en un estado de vacuidad, una duración vacía que lleva a la desesperación, todo seguirá fluyendo al rededor de quien espera pero para éste nada sucede o cambia. Así quien espera deberá convertir la espera en esperanza para soportar esa desesperación que a menudo forma parte de la propia esperanza. Esta esperanza es puramente cualitativa, “es una espera hacia dentro, íntimo, una intensidad antes que extensidad que no viene determinada por la predicción o la anticipación”, es sentida más que pensada y cualquier indicador de temporalidad pierde el sentido objetivo puesto que quien espera esta fuera del tiempo,



no es poseedor del tiempo, sólo lo soporta. Esta espera que queda fuera de las dimensiones del tiempo y de lo que puede esperarse llega a ser permanente, como la noción de espera del creyente cristiano.

Generalmente abordamos la espera como un tiempo que tenemos que atravesar, como si se tratase de una habitación vacía; sin embargo, ese tiempo no está vacío sino que está lleno, como dice Lévinas, “subordinado a la eternidad, a un presente que ni transcurre ni puede ser llevado más allá”, “una idealidad sin tiempo que existe inamovible sobre la inmediata temporalidad de la paciencia humana, en la sustitución del rigor dialéctico por la incomprendible, inevitable e insalvable *durée*”. De este modo la espera forma parte de nuestra existencia y cuando esperamos el tiempo que pasa somos nosotros mismos, fuera de los márgenes subjetivos de la temporalidad, somos únicamente duración.

El objetivo o fin para el que esperamos lo suponemos mejor que el tiempo mismo de la espera, sin darnos cuenta de que en la existencia en este tiempo tenemos la oportunidad de enfrentarnos y atender a los aspectos de la vida que permanecen más profundamente escondidos en el frenético ajeteo de la vida cotidiana.

Ana Embuena Murgui